

MAITE CARRANZA



La loba gris

La historia de Deméter



— El inicio de —
La Guerra de las

Brujas



edebé

La loba gris

MAITE CARRANZA

La loba gris

La historia de Deméter

— El inicio de —

La Guerra
de las
Brujas

edebé

© Maite Carranza, 2023

© Edición: Edebé, 2023
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Dirección editorial: Reina Duarte
Coordinación de la producción: Elisenda Vergés-Bo
Diseño: Aurora Iraita
Imagen de cubierta: Jacques Hurtu. The Met i DepositPhotos
Maquetación: Baber comunicació S. L.

Primera edición, octubre 2023

ISBN: 978-84-683-5853-6
Depósito legal: B. 8319-2023
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

A mis queridas brujas, a todas.



LAS OMAR Y LAS ODISH

En el albor de los tiempos, la madre bruja O reinaba
con la ayuda de la magia y era respetada por la humanidad.

O tuvo dos hijas, Od y Om, a quienes transmitió su saber.

De su hija Om y su nieta Oma surgieron las Omar,
mortales y vinculadas a la vida.

De su hija Od y su nieta Odi nacieron las Odish,
inmortales y conocedoras de los secretos de los muertos.

Las Odish se alimentaron de la sangre de las jóvenes Omar
para conservar su poder.

Las Omar se ocultaron de las poderosas Odish,
fundaron las tribus Omar y escogieron su clan entre los animales
que pueblan la Tierra.

Las Odish persiguieron a las Omar, generación tras generación,
para beber su sangre y vivir eternamente.

O murió de pena y de tristeza, pero antes de morir
lanzó su cetro de poder a las entrañas de la Tierra
para que nadie lo poseyese y profetizó la llegada de la elegida
que pondría fin a la guerra de las brujas.

Las Omar suspiran para que un día no muy lejano
se cumpla la profecía de O y llegue la elegida.
El tiempo, dicen, estudiando las constelaciones, está cerca.



EL PADRE



Yocasta yacía en el suelo hecha un ovillo, protegiéndose el vientre con las manos, mientras la lluvia de patadas no cesaba.

El hombre estaba borracho, muy borracho. Había perdido todo el dinero de la paga del último mercante en el que había trabajado. Ni él mismo sabía si se emborrachó al darse cuenta de que se había quedado sin blanca o si ya lo estaba antes y el sopor del alcohol le había jugado una mala pasada. De lo que sí estaba seguro era de que su mujer tenía la culpa de todo. Siempre callaba y bajaba los ojos, pero no era por modestia ni respeto, sino por desprecio. Le escupía a la cara con su silencio, despreciándolo por perder los estribos, por perder el dinero, por perder el tiempo de bar en bar y de puerto en puerto. Lo sabía todo Katapola, toda Grecia. Yocasta se creía una reina, una diosa, aunque viviera en la pequeña isla griega de Amorgos, en los confines de las Cícladas, en el fin del mundo. Tras aquellos ojos aparentemente sumisos se escondía una arrogancia insoportable. Él le bajaría los humos. Merecía ese castigo. Pero... ¿por qué no gritaba? ¿Por qué no suplicaba? ¿Por qué no reconocía su culpa y le pedía perdón?

Y la ira crecía y crecía al ritmo de la fuerza de sus pies y de la sangre que empapaba el suelo.

Sin embargo, había algo peor que su mujer, algo que lo irritaba profundamente y contra lo cual no sabía cómo reaccionar, porque le producía un terror indescriptible y lo paralizaba completamente.

Los ojos de su hija.

Y en ese preciso instante, al notar el sudor frío en la espalda, supo que ELLA le estaba mirando. Se dio la vuelta y la vio. Estaba ahí, tras la puerta, contemplándolo con odio. Sus pequeños ojos grises eran infinitamente más amenazadores que los de Yocasta.

Su hija solamente tenía cuatro años, pero no parecía una niña. Hasta Yocasta lo reconoció una vez: «Nunca fuiste una niña», dijo.

Aquella noche, como tantas otras, la pequeña observaba en silencio la escena desde la rendija de la puerta.

—¡Y tú no me mires! ¡Te digo que no me mires!

La niña continuó mirándolo con fijeza, sin amedrentarse lo más mínimo, y su valentía lo desconcertó.

—¡Vete! ¡Vete de aquí! ¡Ahora!

En lugar de obedecerle, la niña entornó los ojos y los fijó en su pie, en el mismo pie que golpeaba a su madre. Entonces él descubrió que no podía moverlo, que lo tenía inmóvil, paralizado.

—¡Deja de mirarme!

Era inútil. La niña no atendía a razones, lo había comprobado otras veces. Tan pronto como aparecía le invadía el miedo. Debió ahogarla al nacer, eso era lo que tenía que haber hecho, pero Yocasta no se separaba de ella ni un minuto y le dedicaba todo su amor, el que nunca le dio a él, su marido. Ahora ya era demasiado tarde y lo único plausible era convencerse de que esa niña monstruosa nunca fue su hija y

de que él jamás se enamoró de Yocasta. Ella lo embaucó, lo engañó y le hizo creer que la criatura era suya. Pero él nunca tuvo nada que ver con ellas.

—¡Me iré lejos, muy lejos, y moriréis de hambre!

Sus brazos recogieron su hatillo, el mismo con el que había llegado un mes antes, y sus pies se dirigieron a la puerta a pesar de que no quería franquearla. ¿Qué estaba haciendo?

—¡Hasta nunca!

Pero, pero... era pura fanfarronada, ese tipo de cosas que siempre se dicen y que nunca suceden. Y en cambio, estaba sucediendo, su cuerpo le dictaba los pasos de las palabras que salían de su boca y que no deseaba decir.

—¡Nunca más sabréis de mí y os convertiréis en unas desgraciadas sin hombre, sin padre, sin marido!

La niña continuaba impasible. Hasta diría que se estaba riendo de él.

—¡Una pobre viuda y una pobre huérfana! —gritó desde la calle.

La silueta de la niña, como un fantasma, se recortaba en el porche de la casa. Sin una lágrima, sin un asomo de culpa, sin un «papá, perdóname» en la boca.

Lo sacó de sus casillas.

—¡Bruja! ¡Eres una bruja, como tu madre!

Deméter cerró la puerta y deseó que su padre y todos los hombres que pegaban a las mujeres se ahogaran en el mar.





La loba gris

La historia de Deméter

— El inicio de —

La Guerra de las Brujas

Desde tiempos inmemoriales, los clanes de las brujas Omar han vivido ocultándose de las sanguinarias brujas Odish.

Deméter, la niña oráculo de Amorgos, ignora el alcance de sus poderes hasta que su magia atrae la mirada de la Odish Ate. Súbitamente, el odio contra las brujas y las mujeres, siempre latente, se enciende en la pequeña isla griega y destruye su infancia.

Y a pesar de Ate, de las supersticiones y de su propio clan, la joven Deméter se niega a acatar el dictado del terror. Su temeridad alimenta la leyenda de la loba gris, una esperanza para las brujas rebeldes.

Traiciones, engaños, amistad y amor, en esta primera novela ambientada en el fascinante universo de *La Guerra de las Brujas* y protagonizada por las Omar, descendientes de la madre O, cuyas profecías anuncian la llegada de la elegida, una loba que luchará contra las temibles Odish y las vencerá definitivamente.

Una precuela de la aclamada trilogía fantástica.

**MÁS DE 1 000 000 DE EJEMPLARES VENDIDOS,
UN ÉXITO INTERNACIONAL
PUBLICADO EN 27 PAÍSES**

edebé

www.edebe.com



9 788468 358536